

Señor, Hijo de David, ten compasión de mí

Domingo XX T. Ordinario. Ciclo A

Is 56,1.6-7; Sal 66,2-3.5-8; Rm 11,13-15.29-32; Mt 15,21-28

«En aquel tiempo, Jesús se retiró al país de Tiro y Sidón. Entonces una mujer cananea, saliendo de aquellos lugares, se puso a gritar: «Señor, Hijo de David, ten compasión de mí, mi hija sufre por un demonio muy malo». Él no le respondió nada. Entonces los discípulos se le acercaron a decirle: «Atiéndela, que viene detrás gritando». Él les contestó: «Sólo me han enviado a las ovejas descarriadas de Israel». Pero ella se acercó y se postró ante él, diciendo: «Señor, ayúdame». Él le respondió: «No está bien echar a los perrillos el pan de los hijos». Mas ella repuso: «Cierto, Señor; pero también los perros se comen las migajas que caen de la mesa de los amos». Entonces, Jesús le respondió: «Oh Mujer, qué grande es tu fe: que se cumpla lo que deseas». Y, en ese momento, quedó curada su hija».

Lectura del libro de Isaías:

«Así dice el Señor: «Guardad el derecho, practicad la justicia, que mi salvación está para llegar y se va a revelar mi victoria.

A los extranjeros que se han dado al Señor, para servirlo, para amar el nombre del Señor y ser sus servidores, que guardan el sábado sin profanarlo y perseveran en mi alianza, los traeré a mi monte santo, los alegraré en mi casa de oración, aceptaré sobre mi altar sus holocaustos y sacrificios; porque mi casa es casa de oración y así la llamarán todos los pueblos».

La liturgia de la Palabra presenta hoy el universalismo del mensaje cristiano. A pesar de que la ley los excluía del culto comunitario, los extranjeros también están llamados. La salvación, como don de Dios, no es una propiedad exclusiva de Israel, sino de todos los pueblos; el plan salvífico de Dios llegará a todas las naciones por medio de Israel. La razón de la universalidad de la salvación es que Dios quiere que todos los hombres se salven (1 Tim 2,4). Dios elige primero al pueblo de Israel, para comenzar, pero no excluye a nadie; busca y ama a todos.

Este texto perteneciente al libro del tercer Isaías, constituye una composición de varias colecciones menores, atribuidas al llamado Tritoisaías. Así como en el primero y en el segundo Isaías, predomina un aire de optimismo teocéntrico de confianza en la acción de Dios, en el tercero prevalece la observación del derecho y la práctica de la justicia y del rito externo. El pueblo judío, que, hacia el 538, A. de C., ha logrado salir del destierro de Babilonia, se pregunta por las nuevas leyes, por el nuevo orden con el que ha de regirse. Israel vive una situación nueva.

Tras la repatriación, gracias al edicto de Ciro el persa, la ciudad, el templo y sus murallas son un montón de ruinas. Urge la restauración material y espiritual del pueblo, pero se presenta muy difícil; encuentran que pueblos extranjeros han ocupado su tierra, colonos asirios que han reemplazado a los israelitas en Samaría, se oponen a la

reconstrucción del templo (Esd 4); advierten que se ha creado un nuevo estado de cosas, que les obliga a reflexionar y a adoptar una nueva actitud hacia aquellas gentes. Ante la dificultad, cunde el desánimo y la desesperanza, no ven llegar la salvación prometida, la fe débil se tambalea. En esa situación, el profeta les acerca la palabra de Dios: "Guardad el derecho, practicad la justicia...". Esta exhortación genérica invita a huir de juridicismos y legalismos; practicar el derecho consiste en no hacer mal a nadie, aspecto negativo y, en sentido positivo, en amar a todo ser humano, de acuerdo con la exigencia fundamental de la Nueva Alianza. Jeremías lo explica muy bien: liberar al oprimido, no explotar a los marginados... (Jr 22,3). El cumplir el derecho y la justicia supone la supresión de todas las injusticias y desórdenes sociales.

La experiencia del destierro en Babilonia fue positiva en múltiples aspectos; suscitó en Israel la interiorización de la vida religiosa y el descubrimiento de la palabra de Dios en la liturgia sinagoga y familiar y el reconocimiento del universalismo de la salvación. La alegría de la salvación no tiene lugar más que al reunir en una misma fiesta a todos los pueblos.

Así, el guardar el sábado no se refiere a una "práctica" ritualista y externa, sino a una "actitud", la estricta observación de las exigencias de la justicia (Am 5,7-24; Is 5,7). Lejos de la patria y con el templo derruido, el sábado vino a ser el único signo distintivo de los que creían en el Dios de Israel. Al proclamar el Reino, Jesús va a dictaminar que "el sábado está hecho para el hombre y no el hombre para el sábado".

El profeta anuncia que la voluntad de Dios es reunir a todos los hombres en una misma salvación; en la referencia a la exclusión de los extranjeros, late una dura crítica contra ciertas tendencias racistas de Israel. Y por eso, se les promete una plena inserción, no legalista y cultural, sino existencial; lo importante está en la actitud de estos extranjeros con la voluntad del Señor; si practican la justicia, si protegen al desvalido, si cumplen los dictados de Dios, pertenecen de pleno derecho a la comunidad de Dios, aunque la legislación del Deuteronomio diga lo contrario. No es por decreto o ley como se entra en la comunidad divina, sino por libre decisión de asumir los mandatos del Señor.

El hombre hoy tiende a la anarquía; está sensibilizado especialmente en contra de cuanto entraña un límite a su libertad, a lo que le ata y sujeta. De ahí que algunos sectores de la sociedad muestran una especie de fobia a cuanto significa derecho y orden, responsabilidad y disciplina; quieren derechos y no deberes. A la vez, buscan y desean vivamente la justicia en todos los ámbitos, en el político, el social, el cultural o el religioso, aunque sólo sea de modo rutinario y tópico. Es una franca contradicción, una de esas extrañas paradojas que suelen darse en la conducta humana; pues, para que brille la justicia ha de existir un derecho que regule todas las relaciones, una norma que rija y señale las respectivas obligaciones y los correspondientes derechos. Sin norma y ley, la vida se convierte en una jauría, en puro libertinaje.

Salmo responsorial:

«Oh Dios, que te alaben los pueblos, que todos los pueblos te alaben.»

El Señor tenga piedad y nos bendiga, ilumine su rostro sobre nosotros; conozca la tierra tus caminos, todos los pueblos tu salvación. Que canten de alegría las naciones, porque riges el mundo con justicia, riges los pueblos con rectitud y gobiernas las naciones de la tierra».

Lectura de la carta de San Pablo a los Romanos:

«A vosotros, los gentiles: Mientras sea vuestro apóstol, haré honor a mi ministerio, por ver si despierto emulación en los de mi raza y salvo a alguno de ellos. Si su reprobación es reconciliación del mundo, ¿qué será su reintegración, sino un volver de la muerte a la vida? Pues los dones y la llamada de Dios son irrevocables.

Vosotros, en otro tiempo, erais rebeldes a Dios; pero ahora, al rebelarse ellos, habéis obtenido misericordia. Así también ellos, que ahora son rebeldes, con ocasión de la misericordia obtenida por vosotros, alcanzarán misericordia».

En esta perícopa, aparece una de las claves que convierte el caso de Israel en paradigmático y aplicable a otras situaciones. Israel no ha respondido a los ofrecimientos divinos, pero, aún así, Dios no lo ha rechazado, como tampoco al pecador. Dios no es como los hombres. No se le pueden atribuir sentimientos de venganza, de castigo o de represalias. La acción de Dios no depende de las actitudes o de la respuesta humana.

El Amor de Dios es infinito; no se puede sopesar con los presupuestos humanos, jamás sus acciones responden a las medidas del hombre; siempre su amor está presente; no espera nuestra respuesta; no se arrepiente de los beneficios que otorga, no se cansa ni se aleja. La desobediencia, la falta de méritos, el propio pecado en sí, no son obstáculos definitivos a la acción de Dios, sólo la cerrazón decidida, la soberbia total la impiden. Y aún así, Dios sabrá encontrar el camino para llegar al hombre. Permitió que el mundo se encerrase en la desobediencia, en el pecado, pero, aún de ahí, sacó una nueva forma de salvación, porque la misericordia de Dios es salvación. El Señor da sin arrepentirse de haberlo hecho, sin que la ingratitud le recorte en su generosidad.

Señala el Apóstol que no existe la superioridad de unos pueblos sobre otros, ni los judíos por tener una historia de relaciones con Dios, ni los paganos que han entrado a sustituir a Israel en la historia de salvación, cuando el pueblo judío la ha dejado el vacío. Nadie puede enorgullecerse de su suerte ni presumir, ni despreciar al otro. El rechazo del Evangelio por los judíos, fue la ocasión de la evangelización para los gentiles. San Pablo, que es el apóstol de los gentiles, a ellos dirige su palabra. Y quiere que le sirva también, indirectamente, a sus hermanos, los judíos. Confía en que la conversión de los gentiles, sea un estímulo para los judíos, que la iglesia de los gentiles sea el incentivo, para los que viven aún entregados a sus viejas tradiciones y sometidos a la esclavitud de la Ley.

Los cristianos, desechando el viejo concepto de pueblo maldito, hemos de apoyar también toda nuestra esperanza en esa fidelidad de Dios a sus promesas y en sus designios omniscientes y no en nuestros méritos ni en nuestra correspondencia. Llegará el día y sabrá proyectarles la luz de la fe en el Evangelio; nuestro Dios es un Dios fiel, misericordioso y acogedor. Pablo tiene la esperanza de que la función absolutamente negativa que Israel desempeña, desde fuera, sobre la Iglesia, se convierta algún día en una acción activa y revitalizante en el seno mismo de la Iglesia. Volver de la muerte a la vida es lo último que

cabe esperar, es el objeto de la esperanza cristiana que sucederá y llegará al final. La conversión de Israel será la realización de los planes de Dios; el Dios, que justifica al impío y da vida a los muertos, hará que esa conversión se realice como una resurrección. Entonces se reconciliarán todos los hombres en la paz de Dios y no habrá ya judíos ni gentiles y todos seremos hermanos.

La llamada de Dios es irrevocable, pues mantiene su palabra y la cumple, a pesar del pecado. Si Israel pone su confianza en Dios y acepta con fe su palabra, verá que cumple sus promesas. Hay que esperar que al fin también vuelva a la obediencia el pueblo que ahora rechaza el Evangelio. Donde abundó el pecado, sobreabundará la gracia, porque Dios que nos ha visto a todos caídos en una misma desobediencia, quiere tener con todos una misma misericordia. La triste realidad del pecado humano tiene que servir para manifestar mejor la libertad y la gloria de la gracia de Dios.

En realidad, siempre hay remedio, siempre que tengamos un hálito de vida podemos rectificar nuestros errores, podemos volver la mirada a Dios con ánimo contrito y humillado, seguros de que el Señor no rechaza nunca a quien vuelve arrepentido y acongojado por su culpa. Dios permite que el hombre le ofenda, que el hombre lo traicione y lo olvide, porque así puede comprender lo que es vivir sin Dios, lo que vale la vida eterna y comprobar cuán poco provecho tiene la temporal. Y, cuando, entre su tristeza y vergüenza, lo descubra, sentirá dentro su soledad, y regresará hacia la casa paterna, al abrazo del Padre Amantísimo.

El EVANGELIO de San Mateo relata hoy el llamativo y aleccionador encuentro de la cananea con Jesucristo.

Es esta una de las pocas veces en que Jesús sale de los límites de Palestina; se inicia la evangelización de los gentiles, que realizará, especialmente San Pablo. Tiro y Sidón, antiguas ciudades fenicias al norte de Galilea, se distinguían por su rico comercio marítimo. Hasta allí había llegado la fama de Jesucristo, por eso, aquella mujer acude al Señor, para rogarle por la curación de su hija enferma. El Evangelio es don, gracia, buena noticia, fe, esperanza, gozo. La salvación es don divino a la humanidad. Unos lo aceptan y otros lo rechazan. La Cananea pide con humildad la migaja de salvación, porque su fe es grande. La fe hace milagros. Recibir y lograr el don salvífico implica vivir en actitud permanente de salvados.

Señala Mateo la actitud de los discípulos que molestos por el estorbo que aquella mujer supone para la marcha del Maestro, desean despedirla rápidamente. El evangelista dice que era "cananea", con lo que indica que era pagana, no perteneciente al pueblo judío. Piensan que no hay que entretenerse por una mujer venida de los confines del pueblo escogido. Jesús mismo había exhortado a los Doce: «No toméis camino de gentiles ni entréis en ciudad de samaritanos, dirigíos más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel (Mt 10,5-7).

La mujer lo sigue y grita que la compadezca. Jesús parece no oírla siquiera; pero la mujer insiste, se acerca más aún a Jesús y, de rodillas, le implora que cure a su hija. La repuesta de Cristo es dura y desconcertante; ella humilde sigue en su empeño, no se molesta por las palabras distantes de Cristo y su fe y humildad acaban por desarmar la tesis del Señor, que, con su actitud de repulsa, estaba probando el amor y la fe de aquella

sirofenicia, para que los elegidos de Israel aprendieran de aquella pagana el modo de orar y pedir, y de confiar, de insistir y de humillarse.

A veces, Dios no responde, pareciera no oír, estar lejos, que se escondiera o que no atendiera las solicitudes. Es lo que le sucedió a esta mujer en tiempos de Jesús. A veces, Dios nos coloca en una posición de impotencia tal que no nos queda más remedio que clamar a El, seamos cristianos o paganos, creyentes o no creyentes, religiosos o areligiosos. Es posiblemente el caso de esta madre que, siendo pagana, pero abrumada por el sufrimiento de su hija, no le queda más remedio que acudir al Mesías de los judíos. Dios a veces: simula no escucharnos. Y ¿por qué? O, mejor, ¿para qué? Para reforzar nuestra fe. Igual que el entrenador exige al atleta templar más sus músculos y aumentar su resistencia para conseguir una buena preparación, el Señor tensa y sigue forzando la fe de la cananea. La mujer vino a Jesús y hubo de mostrar su fe, que, con los aparentes desplantes del Señor, se ejercitó y resultó patente y poderosa. Y así, esa fe, arranca y obtiene la recompensa, la oración alcanza lo que pide.

"Mujer, qué grande es tu fe", y el milagro se produjo. No fueron las migajas sobrantes y caídas al suelo lo que el Señor dio a la mujer aquella, sino el pan tierno y blanco de su amor y poder infinitos. El hecho forma parte del anuncio de la salvación que viene a todos los pueblos. La difusión de la Palabra no tiene fronteras, como semilla alada que el viento arrastra hasta los confines de la tierra, se extendería por todos los rincones del mundo durante todos los siglos de la Historia.

Por otra parte, esta perícopa muestra la actitud de Cristo en relación con los paganos. Jesús asienta el principio de que ha venido a buscar las ovejas perdidas de la casa de Israel, para eso ha sido enviado, esa es su misión. Sin embargo, Jesús hace una excepción, cuyo origen reside en el hallazgo de una fe sólida que se adhiere a la salvación decretada por Dios; se trata de la fe grande robusta de una mujer que no pide nada para sí misma, sino para el prójimo, en este caso, su hija; y no pide de cualquier modo, sino con una confianza absoluta en el poder de Jesucristo. San Hilario de Poitiers ve en la sirofenicia a los prosélitos, paganos convertidos a la fe hebrea, aquí, a la fe cristiana y en la hija a todos los pueblos paganos llamados también a aceptar y entregarse a la fe. En cierto sentido, no se trata de una excepción, sino más bien de un principio general: los no judíos tienen los mismos privilegios que ellos, en cuanto crean, en cuanto tengan una fe suficiente. Es el mismo caso del centurión: "No he encontrado una fe tan grande en Israel". La Iglesia descubrió temprano este principio y lo aplicó ampliamente en la predicación del Evangelio. Se subraya que la fe, referida en el texto, es una respuesta a la revelación de Dios. Ante la palabra revelada la respuesta debida es la obediencia a la fe. La "cananea" cruzaba de este modo, la frontera geográfica del pueblo judío y, al mismo tiempo, se adhería de un modo incipiente, pero profundo, a la revelación en Cristo.

La oración de la cananea tiene los rasgos esenciales de la petición a Dios; el "ten piedad de mí", que resuena continuamente en los salmos, expresa adecuadamente la situación de la creatura ante su Hacedor. En una oración de petición, se manifiesta la convicción de que Dios puede realizar lo que se le pide, que tiene poder, para procurar la curación de la niña, para cambiar una situación determinada. Es una fe que obtiene aquello que pide, porque implora lo que está de acuerdo con la voluntad de Dios. Se trata pues, de pedir lo que Dios quiere que se pida. La oración es un empeño, es un conformarse con el pensar de Dios, un "arrancarle gracias" conforme a lo que Cristo mismo había indicado:

“pedid... buscad... llamad y se os abrirá” (Mt 7,7). Ella obtiene aquello que solicita porque mantiene su condición indigente y muestra a Dios su necesidad. Si el afligido invoca al Señor, Él lo escucha y lo libra de sus angustias (Salmo 34,7) La actitud lógica de la pobreza del hombre es pedir. La actitud misericordiosa de la riqueza de Dios es cumplir los deseos del hombre

Aquella extranjera confiere a Jesús el mismo título que se daba al futuro rey de Israel: Hijo de David, con lo que está reconociéndolo como el Mesías y, a la vez, el de Señor, que le atribuían sus discípulos. La grandeza de la fe de la cananea reside en penetrar en el corazón misericordioso de Jesús, para descubrir que Dios quiere que todos los hombres se salven. No se tomará el pan de los hijos, pero el alimento es suficiente, para que los cachorrillos coman de las migajas que caen de la mesa de sus amos. Es tan grande el don y es tan profunda la indigencia humana, que vale la pena cualquier espera, cualquier humillación, cualquier sacrificio, con tal de participar de la salvación que viene de Dios. La cananea acepta la revelación de Jesús, tal y como se presentaba, acepta el misterioso plan de salvación, acepta su propia indigencia y en esa actitud receptora reside su enorme magnitud. La respuesta de la cananea es la consistencia de su fe. Hoy, en la modernidad a que asistimos, donde se insinúa un pluralismo religioso envolvente, es preciso estar muy atentos, para distinguir firmemente entre la fe teologal, que estriba en la acogida de la verdad revelada por Dios Uno y Trino, y la creencia en otras religiones, que es una experiencia religiosa todavía de búsqueda de la verdad absoluta y carente del asentimiento a Dios que se revela (Cf. Dominus Iesus 7).

En el fragor de esta vida, en cierto sentido “extrovertidos” y desparramados, conviene encontrar espacio para recoger el alma, rezar y alabar a Dios, darle las gracias por lo recibido y solicitar mercedes en un contacto personal, cercano y espontáneo con Dios Nuestro Señor y reavivar la fe en esa ascesis que supone el silencio interior; en el diálogo profundo con Dios el alma se llena de paz, esperanza y fortaleza para afrontar los avatares de la vida. Es hablar de amor y con amor a Aquel que es amor. El amor no se detiene ante las dificultades; el amor no conoce la dilación, no sabe de obstáculos. El amor está en continua actitud de donación y de sacrificio en bien de la persona amada. Esto es lo que vemos en la mujer cananea. Su petición a Jesús está toda en el amor, en favor de su hija.

Camilo Valverde Mudarra